



La Tronca, los Puestes 3-1-X-2004 P. 3

La mirada belga de Alfonso Calderón

Pocos escritores belgas pueden escribir sus lecturas el hecho de vivir en varios volúmenes y anotaciones, fechas, datos, paisajes, lecturas, creencias y artículos de variada índole. Uno de ellos es Alfonso Calderón (193), quien hasta ahora ha publicado varios libros de crónicas y ocho tomos de sus "Diarios", a los que se suman otros textos que dan cuenta de sus trayectorias por diversos latitudes: Italia, Asia de viaje (19 y 2), El Mironismo (19), con sus impresiones sobre Lapadía; La invisible compañía (19), sobre su estancia en Francia y Ficticio sobre el agua (19) donde narra su permanencia en Holanda. Ahora nos presenta Bélgica, notas de viaje, publicadas por la Red Internacional del Libro (2004).

En su primera visita a la capital belga, el cronista anota: "Durante el pasado siglo vivían en Bruselas, ajenos a encuentros, Karl Marx y el Santo Papa León XIII, que era marino entonces. Disputaban no ver un metro azar en el surgimiento de dos obras que atienden a los conflictos provocados por el desarrollo industrial: El capital y la comedia El gran Novísimo". Los mismos anota: "No tenía Charles Bradshaw una buena opinión de Bruselas, para allí dictó una serie de conferencias que no conocieron el éxito. Vivió sin gozar de las delicias de un público que lo ignoraba. Walter Benjamin, en su ensayo sobre el París de Segundo Imperio, calculó que con toda su obra no ganó más de quince mil francos". Por otra parte, Calderón narra su encuentro con un compañero: "Me dice un amigo belga, antiguo obrero de Namur, que los belgas, algunas noches, con el deseo de perder peso, se duchan y bañan,

se miran en términos donde los belgas dejan el más para los cerdos. La vieja comedia querián, esa de las barritas en chales, les sorprende, porque piensan que tienen hambre continua, llevada a los excesos". No falta aquí alguna referencia al arte culinario belga. Al respecto el autor de no poder discurrir de "esto al instante que fueron el reproche de los burgueses, reñidos por platos flamencos, ya en la etapa de la digestión". A la hora de comer, según él, como hombre de letras, se yantar debe ser burlesco. Para ello las comedia contra unos "médicos allanados a la botánica", para así estar lejos del "placer de la gata".

En una visita a un museo Calderón se sorprende al observar una colección de querolitas: "Las hojas aguardan. La historia del uso de ella, a partir de la creación por el doctor Guillot, con el agregado que hizo el propio Luis XVI, experto en cuestiones mecánicas, indicando que funcionaría mejor si se hacía en el cuadrado fino primitivo uvo con diagonal, resultó aterrador. Aún recuerdo la mandíbula destrozada de Robespierre, el incompañable. Con alarmo veo a un norteamericano alto y grueso, quien ha colocado a su hijo de nueve años en la respuesta de la muerte, con su fin: tomarle una fotografía. El hombre río, el niño tembló irremediadamente. No resistió y le digo que es un irresponsable, que la hoja, por un movimiento anómalo puede crear sobre el cuello de linio. Se empuja de hombros y me dice que él sabe lo que está haciendo, que es técnico en maquinarias agrícola y conoce bien como funciona todo. Abandono la sala con ira". El cronista anota algo severo por un famoso artista italiano: "La belleza de la pintura fla-

menco no hacía perder la cabeza a Miguel Ángel, quien, en algunas ocasiones, repetía de mediocre. Creía que las mujeres, sobre todo las ancianas, podrían encontrarse bella, y quizá los religiosos y gente no muy joven. Sólo las obras que se hacen en Italia, dice confraternizado, merecen recibir la demostración de la verdadera pintura". En otra página, el viajero escribe: "Me levanto a las 6 de la mañana todos los días. Admiro a Descartes, el cual pensaba todo en la casa. Se ha escrito que para en ella no menos de dieciséis horas diarias".

Se visita belga también le permite a Calderón recordar algo sobre Napoleón: "Tuvo afición por las chuletas y el condito asado, la morcilla a la Richelieu, las albondiñas de ave, la caponada, los timbales a la malonesa, los asnostrones con queso parmesano y los salmónes fritos del modérnico. Después de la expedición a Egipto, se envenenó con los dátils y paja, pero sus albasas eran, sin duda alguna, para el pollo". Para un bibliófilo como Calderón, imposible no recordar algunas geografías en compañía de sus libros, así ella se prepara: "¿Puedo recomendar de viajar con libros en la maleta, y de comprarlos para llevarlos con los nuevos, recién adquiridos? No sé vivir sin el placer que me dan. Anatole France escribió: quienes leen mucho son como los



Wellington Rojas Valdebenito

fumadores de hacha. Viven en un sueño. El libro es el que se oculta. No dorma. Llegó un día en el que todos seremos filósofos y conoceré todo haber conocido.

La mirada belga de Alfonso Calderón [artículo] Wellington Rojas Valdebenito

Libros y documentos

AUTORÍA

Rojas Valdebenito, Wellington, 1951-

FECHA DE PUBLICACIÓN

2004

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

La mirada belga de Alfonso Calderon [artículo] Wellington Rojas Valdebenito

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile